

Se acercaba la hora de comer, y su madre le encargó que fuera a buscar a su hermano. Era uno de esos días de verano sucios y debilitantes, sin viento y con un sol que parecía enfermo, de tanto que calentaba. Cruzó la calle, caminó por el rectángulo de arena, echando fugaces miradas al suelo para no pisar los excrementos de perro esparcidos aquí y allá, dejó atrás el tobogán y los dos despintados columpios, y se detuvo a unos cuarenta pasos del gran ciprés, para observar la escena con una medio sonrisa: de entre sus ramas salían despedidas gálbulas que Rober se apresuraba a guardar en los bolsillos de su abrigo. Esforzó la vista y distinguió, casi completamente oculto en el follaje, a Benja, el mejor amigo de Rober (o quizá era simplemente el único vecino de su edad y de su colegio), encaramado a una de las ramas.

—¡Rober! —llamó.

Su hermano se volvió, y, al verle, alzó la mano para saludarle, e inmediatamente se abalanzó sobre un nuevo fruto, que tras rebotar contra el suelo recorrió varios metros. Pedro echó de nuevo a andar y se paró al lado de Rober.

—¿Qué hacéis?

—Recogiendo esto —su hermano le enseñó uno de los frutos del ciprés: compacto, duro, de un verde como barnizado.

—¿Y para qué los quieres?

—Para llevarlos a casa —contestó Rober sin mirarle, pues ya se agachaba para recoger una nueva gálbula.

—¿Y para qué?

—Para meterlos en un bote de cristal.

—Ya, pero... ¿Para qué? —insistió Pedro, divertido.

Su hermano pequeño se volvió.

—Pues para tener un recuerdo —y adoptando una actitud de hermano mayor, algo que en cierto modo se correspondía con la conversación anterior, en la que las preguntas hasta llegar al final se las habían hecho al pequeño, aunque esta vez sí hubiera habido respuestas—: ¿Es que no sabes que nos mudamos, o qué?

—Tienes que ir a comer —recuperando el papel de adulto que no hace preguntas y da órdenes.

—¡Benja! ¡Benja!

De entre las ramas del ciprés asomó la cabeza de otro niño de seis o siete años.

—¿Qué?

—Me las piro, es la hora de comer.

—Espérame.

Benja, con cuidado no exento de agilidad, bajó un par de ramas y saltó. Flexionó las piernas, golpeó con el culo en el suelo, rodó un par de metros y se puso en pie. Fue sacudiéndose el polvo hacia su bicicleta, que estaba tirada en la arena apoyada en la rueda trasera y el manillar, la levantó, montó en ella y se alejó pedaleando.

—¡Adiós! ¡A las cuatro voy a tu casa!

—No sé para qué quería que le esperara —observó Rober, algo compungido.

Los dos hermanos caminaron en silencio. Mientras esperaban a que el semáforo se pusiera verde para los peatones, el pequeño dijo:

—Me gustaría que mañana me regalaran una bicicleta como la de Benja.

El día siguiente cumplía siete años.

* * *

La noche empezaba a sustituir al día, y todo tenía un aire de despedida, también los besos de Virginia, por mucho que ella hablara de que la distancia no era ningún problema. Pero lo decía para convencerse a sí misma. Al atravesar la plaza que se encontraba a mitad de camino entre la casa de su novia y la suya, dos niños le adelantaron, montados en bici. Se pararon unos metros más allá. Discutían por algo. Una de las bisis estaba fea y vieja, gastada, pero la otra relucía con las débiles luces del atardecer, recién estrenada. Cuando Pedro pasó al lado de los chavales, uno de ellos, el de la bici nueva, le preguntó respetuosamente la hora. Le faltaban dos dientes, y tenía los ojos achinados. Sus pantalones estaban manchados de barro.

—Las ocho menos cinco.

Nada más contestar, Pedro dejó de existir para ellos.

—¿Lo ves? ¡Nos da tiempo, idiota!

Se bajaron a toda prisa de las bicis, que tiraron despreocupadamente, y echaron una carrera.

—¡Idiota tú! ¡Y tonto el último!

Los niños se perdieron en una loca carrera. Pedro dudó un segundo. Después cogió la bici reluciente y, sin montar en ella, se alejó a toda prisa. Cuando estuvo seguro de que había perdido a los niños, caminó a paso normal, y al llegar a su casa, escondió el robo en el trastero.

* * *

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue desayunar y felicitar a su hermano pequeño. Luego estuvo acabando de empaquetar sus pertenencias, y aprovechando un rato que se quedó solo, limpió la bici con un trapo húmedo, las ruedas con especial mimo. Los regalos se entregaban a la hora de la comida, porque era cuando regresaba el padre de la despedida de su trabajo y se reunían los cuatro. Cuando vio la bicicleta, Rober apenas podía creerlo. Abrazó a Pedro con toda su fuerza, le estrujó como un oseño, y el mayor, contento, se dejó abrazar. Explicó que había estado ahorrando durante meses, porque sabía la ilusión que al pequeño le hacía tener una bicicleta. Sus padres le creyeron, o fingieron hacerlo.

* * *

Como siempre, llegó con Virginia de los primeros. Esa noche tenían aparentemente un motivo especial para hacerlo: sus colegas decían que esa fiesta era la de su despedida, pero ambos sabían que se habría celebrado igual. Todos los sábados alguien alquilaba el club para sacarse algunas perras. Un chico y una chica servían las bebidas, en una esquina del local, sobre un tablero apoyado en dos sillas, a modo de barra. El pinchadiscos estaba en el nivel superior, al que se accedía por una escalera de caracol. En el suelo de madera corrían en engañoso círculo las luces que provenían de una bola que giraba colgada del techo, persiguiéndose unas a otras. Pronto llegaron unas amigas de Virginia, y él se quedó apartado, junto a una de las ventanas, abiertas para que se refrescara un poco el salón, calentado a lo largo del día. Con una cerveza servida en un vaso de plástico, pensaba que tenía que saborear aquella noche, disfrutar de los últimos detalles tantas veces repetidos y a los que no había concedido hasta hora mayor importancia, grabarlos en su memoria. Pusieron una canción romántica, una de esas baladas en inglés que muchos de sus amigos despreciaban por considerarlas babosas. Miró por la ventana. En el edificio de enfrente, sobre la noble fachada limpia y blanca de pórtico con columnas y frontón, había una pintada que no

estaba la semana anterior: De hacerte la cena / de hacerte la cama / se me fue la gana / de hacerte el amor. Le invadió una terrible melancolía. Supo que no era únicamente por la canción, ni por la pintada, ni porque se mudaba de ciudad, ni por la penumbra y el aspecto desvaído y mortecino del remedo de discoteca, ni por estar solo arrimado a la ventana mientras Virginia charlaba y reía con sus amigas. Ni siquiera porque seguramente dejaría de salir con ella. Supo que era, sobre todo, por el robo de la bicicleta, porque esa íntima derrota, esa vileza, fuera el precio que había tenido que pagar para hacer feliz a su hermano pequeño. Afuera había empezado a llover, y las luces de colores hacían que las gruesas gotas semejaran piedras preciosas azules y verdes y rojas arrojadas con furia, lágrimas de Dios, imaginó. Pero no: Dios jamás lloraría por su causa, él no era tan importante. Ningún hombre lo era para Dios. Virginia se acercó y le cogió una mano.

—¿Por qué estás triste?

Él enfrentó sus ojos castaños, brillantes y esperanzados, no supo si llenos de amor o de vanidad.

—Es porque me marchó.

Ella era la única chica a la que había besado, y entendió que era porque se separaban. Se había puesto la camiseta que a él le gustaba tanto, que tan bien le sentaba, y, cosa excepcional en ella, tenía pintados los ojos, lo que le hacía parecer ante los suyos casi como una extraña. Virginia aproximó sus labios a la boca de él, y se besaron, mientras alguien cerraba las ventanas, porque el suelo de madera había empezado a mojarse.